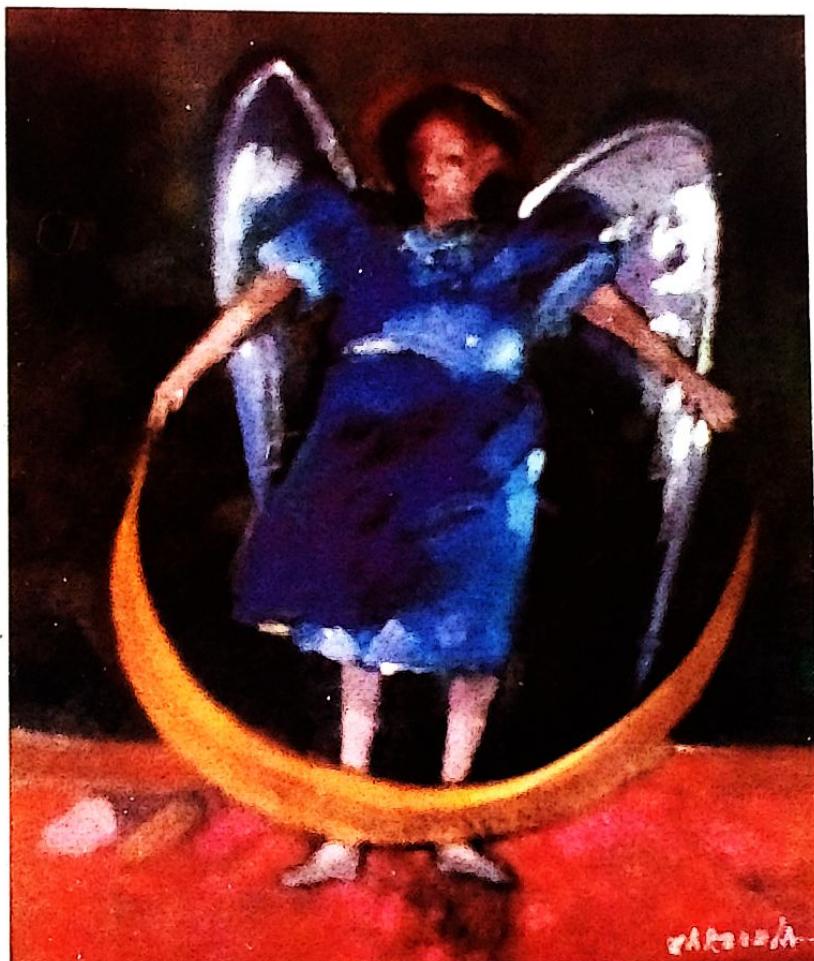


Se le aparece cada quincena



Hilda Mundy • Amanda Jaúregui • Víctor Montoya

Manuel Molina • Jaime Martínez

El Duende • Emilio Tórrez

LA PATRIA

suplemento orureño de cultura

año XV nº 381 Oruro, domingo 23 de diciembre de 2007



ZONA FRANCA ORURO
CON NUESTRA CULTURA



Erasmo Zarzuela Chambi
Ángel con luna 30 x 40 cm.

Amigo diablo

Hay una honda vitalidad en tu bello nombre. Eres aquella contrapuesta esencia de las cosas. No imaginé tu nacimiento. No imaginé tu infancia como no se imagina el primer rayo de luz en el cosmos. Te vi, sí, ya grande, horrendamente grande como es el tamaño y la oscuridad de la sombra. Cuemos, sí, cuernos. El mundo te ha dado el soborno originalísimo de dos cuernos. Pero yo creo que ellos no son insensibles. Deben dolerte, deben dolerte, sencillamente, ocultamente... Hoy que llego a hablarte, respiro la belleza que te nombra en una eufonía hipérbolica, ese algo oscuro que acusa tu nombre. Porque sí eres un mito; un mito resfriado. Quiero escribirte de un modo simple y la simplicidad siempre me hueye, aún más, me rehuye, porque no es simple el alarido de las medias noches, no es simple el ruido de las fábricas, no es simple el ruido que crece de los trenes como tampoco es simple el genio oscuro de la sangre. La sangre, amigo diablo, me da mucho miedo. En los toneles del trasmundo subyace mucha, mucha sangre. Si casi el día es un destiladero de rojo líquido.

Hilda Mundy, seudónimo de Laura Villanueva Rocabado. Oruro, 1912 - 1982.

Angelito de papel



Colgado con gracia oscilas
en la hermosa Navidad,
el aliento de los niños
te hace bailar y bailar.

Ellos contemplan tus ojos
tan redondos como el sol
y tu rubia cabellera
con hilachas de ilusión.

Eres simple, cuestas poco
pero cuánta alegría das,
risas locas de los niños
que te hacen columpiar.

Cuando todo está dormido,
le susurras a Jesús:
"Quisiera volar contento
entre mil rayos de luz,
juguetejar con muchos niños
y darles felicidad".

Pero estás ahí colgado
mirando con tierno afán
el milagro más hermoso
de la humanidad:
el milagro de la dulce Navidad.

Vendrá Año Nuevo...
los Reyes Magos se irán...
ya cuando todo pase,
todo, todo guardarán,
pero a ti simple angelito,
angelito de papel,
te echarán a un basurero
¡oh! ¡qué destino tan cruel!



Miedo y espanto en la obra de Velia Calvimontes

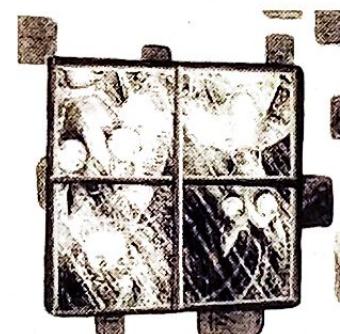
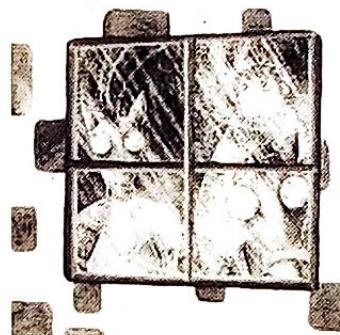
El libro "Misteria pavoria. Cuentos de terror", publicado por la editorial colombiana Panamericana e ilustrado por Luz Stella Rodríguez, es una verdadera cajita de sorpresas. Se trata de una obra compuesta por cinco cuentos de espanto y aparecidos, reunidos bajo un título sugestivo que atrapa de inmediato la atención del lector. La narrativa de Velia Calvimontes, avalada por un estilo limpio de ripios, hace gala de un lenguaje sencillo y ofrece una lectura amena a los lectores de todas las edades.

Los cuentos, que deslazan por el buen manejo del hilo discursivo, nos relatan las historias de muertos, almas en pena y personajes del mundo esotérico, poniendo en boca de sus personajes palabras apropiadas y recreando situaciones sobrecregadoras, como en los cuentos "A dedo" y "El fraile encapuchado". Los relatos más tétricos discurren en ámbitos insólitos, que van desde un cementerio hasta el patio trasero de una casona de antaño. No faltan los gallos y caballos, el tañido de la campana, el llanto de los difuntos, el lamento de los condenados, el viento y la tormenta, que son también personajes secundarios. Todo esto recuerda a esos seres que estando muertos, según la tradición y creencia popular, retornan al reino de los vivos para vengarse de sus enemigos y ajustar cuentas con sus deudores. Son cuentos de la más pura tradición oral que los niños bolivianos, hasta el día de hoy, se siguen contando sentados en un ruedo y bajo el resplandor de la luna.

Así ocurría en las tabernas coloniales, donde se daban cita truhanes y cuenteros, músicos y ciudadanos de vida alegre, en afán de confabular los sucesos más inverosímiles que imaginarse pueda. Los parroquianos, blandiendo el verbo cual espada de doble filo, abordaban temas de miedo y espanto, con una imaginación desbordante y a veces proclive a las supersticiones. Muchos de esos relatos llegaron con los colonizadores que se asentaron en la Villa Imperial de Potosí una vez descubiertos los ricos yacimientos de plata. De ahí que Velia Calvimontes, en su cuento "Un aullido en el cementerio", ambientando en el siglo XVII, nos recuerda que las naves llegadas de allende los mares, además de traer noticias del Viejo Mundo, venían cargadas de historias que fascinaban a propios y extraños.

Las consejas coloniales, atravesadas por personajes que aparecían y desaparecían de un modo misterioso y sin ninguna explicación lógica, se mezclaban con la chismografía sobre la vida privada de los habitantes de las urbes, sobre todo, de las familias consideradas poderosas, donde aparentemente sucedían hechos increíbles y macabros, como ocurre en "Un aullido en el cementerio", cuyo argumento gira en torno a un hombre que, siendo en vida rico pero avaro, se condena a poco de ser sepultado. Las beatas dicen que se trata de un castigo por haberle negado al cura una contribución para reparar la campana de la iglesia. Los vecinos saben también que los aullidos lastimeros son de don Crisanto, quien, presa de su avaricia, no encuentra paz en su tumba. Mientras esto se comenta de boca en boca, los jóvenes parroquianos, reunidos en la taberna y en plan de desafío, hacen apuestas por quién se atreva a entrar en el cementerio a medianoche y, en señal de su valentía, dejar un puñal sobre la tumba de don Crisanto; un reto que no pocos rechazan atravesados por un temor que les recorre el espíritu. Sin embargo, como en todo cuento bien contado, no falta uno que, luciendo espada al cinto y aspecto de valiente mancebo, se atreve a probar su bravura. Entra en el camposanto, se acerca a la tumba de don Crisanto y, en el justo instante en que va a clavar el puñal en el lugar preciso, se le aparece el muerto envuelto en un manto oscuro. El mancebo se lleva tal susto que cae fulminado por un ataque al corazón. A la mañana siguiente, sus amigos que apostaron por él, lo encuentran con el rostro ensangrentado y sin un hábito de vida.

En el cuento "Las tres vueltas del gallo", escrito con un halo de misterio y contextualizado en una casona colonial de la ciudad de Sucre, nos transporta al mundo fascinante de Eliza, la joven protagonista, quien cuida de sus hermanas menores hasta altas horas de la noche, mientras su madre trabaja como empleada doméstica. Eliza, luego de acostar a sus hermanas, se reúne con un grupo de amigas que se transmiten cuentos de espanto y aparecidos. Una de esas noches, al retornar a su hogar, cruza ante su mirada atónita un gallo de alas desplegadas. El animal se acerca a una tapia



y, dando tres vueltas, escarba la tierra. Luego desaparece con el mismo misterio con el que aparece. Eliza le relata a su madre lo acaecido, pero ésta guarda silencio y espera la mejor oportunidad para cerciorarse personalmente del hecho, hasta que llega la festividad de la Virgen de Guadalupe. Entonces, en tanto el pueblo asiste a la celebración, madre e hija deciden revelar el misterio que representa el gallo y, justo allí donde éste escarbaba la tierra, encuentran enterrada una petaca de cuero que contiene joyas y monedas de oro y de plata.

En "El fraile encapuchado", donde el suspense y la curiosidad se apoderan del lector, se recrea un suceso que se arrastra desde la época colonial en Potosí, donde años más tarde, en el patio de una escuela, Elvira avista a un fraile con el rostro cubierto por la capucha de su hábito. La protagonista, como sucede en las historias de aparecidos, se queda helada y con el ergazo atascado en la garganta. No obstante, y sin salir de su asombro ante tal aparición, guarda el secreto por un tiempo. No se lo cuenta al cura de la parroquia ni a su marido. Primero decide comprobar que la aparición del fantasma no es una aberración de su mente sino un caso real. Para comprobarlo, un día arroja una piedra contra el hábito del fraile; la piedra atraviesa la vestidura y deja un impacto en la pared a modo de señal. Sólo entonces Elvira decide revelarle el secreto a su marido, quien, a pesar del miedo que se le mete entre pecho y espalda, no tiene más remedio que ayudarla a descifrar el misterio de aquella extraña aparición.

Una noche acuden al lugar donde el fraile hacía acto de presencia. Abren a fuerza de pico un boquete en la pared de adobe, se deslizan por él y, apenas iluminados por la luz

mortecina de la luna, distinguen a sus pies una entrada que conduce hacia un sótano. Para continuar su pesquisa, se arman de velas y mecheros. Una vez en el fondo del sótano, quedan deslumbrados ante una abundante riqueza junto a "una docena de ropajes de altos prelados de la Iglesia cubiertos de pedrería". Durante tres largas noches, Elvira y su marido acarrean a su casa el tesoro escondido, y, una vez convertidos en ciudadanos prósperos, abandonan Potosí para disfrutar de su fortuna en una ciudad valluna. Hasta aquí, todo parece tener un final feliz como en los clásicos cuentos de hadas, pero no, en "El fraile encapuchado" los sueños se tornan en pesadillas; primero se desvanece la dicha en la familia de la pareja, y después Elvira, la protagonista principal, acaba enloquecida por haber visto y tocado lo que no debía.

En "La muerte azul", inspirado en un acápite del libro "Exploración Fawcett" del explorador inglés Robert Fawcett, nos arrima a finales del siglo XIX y al peligroso trayecto entre La Paz y los Yungas; un recorrido que los aventureros, arrieros y errantes hacían a lomo de bestias. En este territorio, cubierto de niebla, precipitaciones y vegetación exuberante, el protagonismo recae en un jinete buscador de fortunas, quien, en procura de pasar la noche, pide hospedaje en un aposento. El posadero le niega arguyendo que todos los cuartos están ocupados, mas el forastero, pistola al cinto y sin darse por vencido, solicita el último que queda, justo allí donde todo quien entra no sale con vida. Aquí valga destacar que la sola descripción del cuarto, como en las historias de crímenes y terror, constituye un excelente recurso literario que le permite al lector ubicarse en un contexto escalofriante.

Entrada la noche, y mientras afuera la tormenta ruge como bestia herida, en el cuarto de la muerte, donde descansa el forastero, se oye el estampido de un disparo. El dueño de la posada, que apenas alcanzó a cerrar los ojos, salta de la cama y se dirige al temible lugar, donde el forastero sigue con vida, aunque visiblemente pálido. Ante semejante realidad, el posadero no se lo puede creer, pero el protagonista del cuento se encarga de explicarle que estando en la cama, todavía despierto, vio que por el orificio del cielo raso descendía una gigantesca tarántula, que era la causante de las muertes que se producían en ese cuarto, donde todos aparecían al nacer el día con la cara y el cuello azules.

"Misteria pavoria. Cuentos de terror" (2005) es una obra breve que tiene la propiedad de suspender al lector en el terror de la imaginación, con narraciones que descubren un mundo de misterios y se sumergen en el subconsciente colectivo, lejos del maniqueísmo didáctico y las normas de moralización, tan propias en la mayoría de los libros destinados a los jóvenes y niños.

Velia Calvimontes Salinas (Cochabamba, Bolivia, 1935). Escritora y profesora de idiomas. Figura destacada de la narrativa infantil y juvenil. Según reveló en una entrevista, desde niña supo que sería escritora pero no fue sino hasta 1963, cuando residía en Chicago, Estados Unidos, que empezó a escribir. Debutó con su libro "Y el mundo sigue girando..." (1975). Obtuvo premios nacionales e internacionales. Entre sus obras destacan: "Abre la tapa y destapa un cuento" (1991), "La ronda de los niños" (1991), "El uniforme" (1993), "Amigo de papel" (1995), "Lágrimas y risas" (1995), "Cuentos de la vida" (1997), "En busca de hogar" (2002), "Sabor a Navidad" (2005), "Nueve noches y un día" (2007), "El niño de la pérgola" (2007) y la serie de libros sobre Babirusa que, desde el año en que empezó a publicarse (1993), se ha convertido en una referente de la literatura infantil boliviana, como "Papelucito", la clásica obra de Marcela Paz, es un referente del cuento infantil chileno.

Victor Montoya. Escritor boliviano. Reside en Estocolmo - Suecia.





Manuel Molina Sánchez:

Las heroidas de Ov

Entre el 25 y 28 de julio se llevó a cabo en nuestra ciudad las I Jornadas de Estudios Clásicos organizada por la Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos, Embajada de España-AECI, Unión Latina -Bolivia, Unión Nacional de Poetas y Escritores, linal Oruro, Club Órulo y la Universidad Nuestra Señora de la Paz. La siguiente es una de las conferencias desarrolladas.

Sólo un escritor como Ovidio, el poeta del amor por excelencia en la literatura latina, podía componer las *Heroidas*. Sólo un gran innovador de la poesía latina, como Ovidio, podía experimentar en un género, la elegía amorosa, ya definido por Galo, Tibulo y Propercio. Y sólo un gran conocedor de la psicología femenina, como Ovidio, podía desentrañar la complejidad del pensamiento de la mujer y plasmarla en gráciles y delicados versos.

Como es sabido, Ovidio vivió a caballo entre el s. I a. C. y el I d. C., nació el 43 a. C. y murió el 17 d. C. Su vida transcurrió felizmente, entregado al estudio de la retórica primero y a la poesía después, su pasión principal, para la que estaba especialmente dotado, hasta que, a la edad de 52 años, fue desterrado a la ciudad de Tomis, la actual Constanza, en Rumania, por mandato de Augusto. Los motivos del destierro él mismo nos los confiesa: un *carmen* y un *error*. El *carmen*, sin lugar a dudas, fue el *Ars amatoria* o *Ars amandi*, una composición que, con su desenfadada propuesta de incitación al amor sin trabas, desafía la política social de Augusto, centrada en el culto a la familia. El *error* llegó nunca a aclararlo y de ahí que se hayan proferido multitud de opiniones, la más sensata de las cuales sigue siendo preservar el secreto, como lo prefirió Ovidio. Es seguro, en todo caso, que la poesía de Ovidio suponía un enfrentamiento a los ideales de contención moral, ardor guerrero y estabilidad política que propugnaba la ideología oficial augustea. Frente a la *militia armorum*, Ovidio opone la *militia amoris*. "haz el amor, no la guerra", viene a decir; frente al equilibrio moral de la familia, Ovidio ofrece una relajación de costumbres en favor de relaciones sexuales abiertas. Eran éstos motivos más que suficientes para que el poeta de Sulmona pasase los últimos ocho años de su vida en la fría ciudad de Tomis, donde moriría, consumido por la tristeza y la nostalgia.

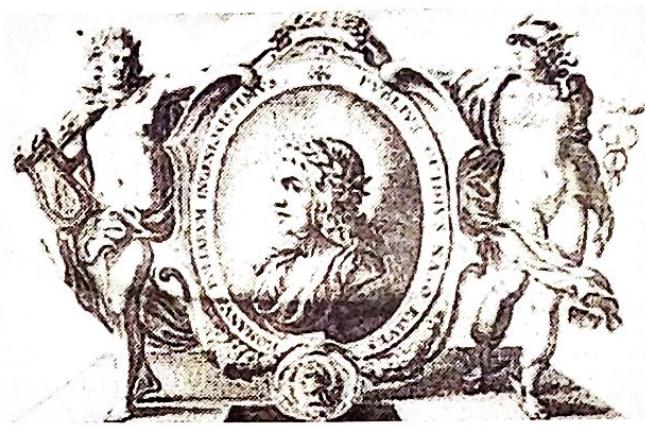
Su producción literaria viene marcada por esas dos etapas de su vida. Hasta el destierro Ovidio compone versos jocosos, alegres y desenfadados, dedicados sobre todo al amor. A partir del 8 d. C. sus composiciones se vuelven tristes y persiguen fundamentalmente reivindicar su nombre y reclamar la vuelta a la patria. En cualquier caso, Ovidio fue un escritor polifacético, autor de un gran poema épico-mitológico, la *Metamorfosis*, una tragedia hoy perdida, *Medea*, poemas didácticos dedicados a la pesca y, sobre todo, poeta elegíaco con sus *Amores*, *Ars amandi*, *Remedias amoris*, *Heroidas*, *Tristes*, *Fasti*, *Ibis* y *Epistulae ex Ponto*. Es, además, como poeta del amor como él quiso que fuese conocido por la posteridad. Eso es al menos lo que nos dijo al escribir su epitafio en *Tristes* 3,3,73-76: "Aquí estoy enterrado yo, el poeta Nasón, canor de los tiernos amores, a quien su propio ingenio perdió. Pero a tí, que pasas a mi lado, quiénquiera que seas, si has amado alguna vez, no te sea gravoso decir: descansen en paz los huesos de Nasón."

Dentro de esta producción las *Heroidas* ocupan un lugar destacado. Desde un punto de vista literario, son una colección de 21 cartas de amor en disticos elegíacos, dirigidas en su mayoría por heroínas a héroes de la mitología, en las que lamentan la ausencia de su amado o su no correspondencia. Las 21 cartas no se compusieron en la misma época. En este sentido se puede establecer una división en dos grupos: las 15 primeras, compuestas en época de juventud, son cartas simples, y las 6 restantes, pertenecientes a la época de madurez, son cartas dobles, escritas en correspondencia recíproca de héroes con heroínas. En esas últimas, por tanto, se recoge también la voz masculina de los héroes, en concreto, la de Paris, Leandro y Aconcio. Tampoco las 15 primeras son todas de heroínas: la número 15 es una carta de la poetisa Safo dirigida a su amante Faón. Bien es verdad que en la época de Ovidio Safo había devenido figura legendaria, susceptible, por tanto, de ser tratada como heroína.

Pese a su presentación como cartas, las *Heroidas* pertenecen al género elegíaco, tanto por su forma métrica (el distico elegíaco), como por su contenido: en todas ellas de alguna manera hay un lamento por la pérdida o la ausencia del amado. Pueden concebirse, pues, como un subgénero elegíaco. Sobre su originalidad nos dice Ovidio en el *Ars* que con sus *Heroidas* innovó en un género desconocido hasta entonces. Claro es que no existía antes de él, al menos en lo que ha llegado hasta nosotros, una colección de cartas de amor de esta naturaleza y, en este sentido, pueden considerarse una innovación dentro del género elegíaco. No faltan, sin embargo, precedentes de cartas aisladas en la tragedia griega. El gran experimento de Ovidio y su novedad es haber agrupado en una compilación en verso toda una serie de 21 cartas. Con todo, el precedente literario más cercano, y sin duda el modelo que él desarrollaría, es la elegía tercera del libro IV de Propercio, compuesta en forma de carta de una tal Aretusa a su marido Licotas. Aunque los personajes son reales y contemporáneos, se encuentran aquí el estilo y las características que Ovidio después tomaría para sus heroínas.

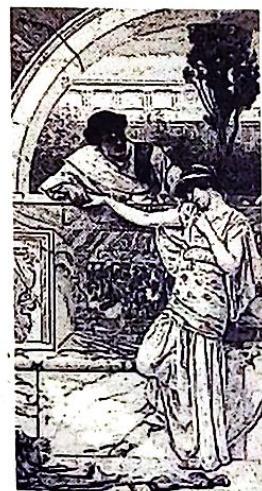
En cuanto a las fuentes literarias, se manifiesta claramente en las *Heroidas* el profundo conocimiento que Ovidio tenía de la literatura grecorromana. No sólo Homero y el ciclo troyano son rasosables en sus versos, sino también los tragediógrafos Esquilo, Sofocles y Eurípides, la epopeya de Apolonio de Rodas, el poeta alejandrino Calímaco y los poetas latinos Catulo y Virgilio. Esto en cuanto a autores concretos. Naturalmente, en el seno de cada pieza pueden hallarse abundantes contaminaciones, pues la mayoría de los argumentos habían sido tratados en fuentes möchten.

Dos son fundamentalmente los problemas que plantean las



Heroidas. El primero de ellos es de importancia menor: el título. Ovidio se refiere a ellas como *Epistulae*, Prisciano las denomina *Heroidas* y en los códices rara vez aparecen con título; cuando se encuentra, recibe los nombres de *Liber epistularum*, *Liber de epistulis* o *Liber Heroidum*. Se suele por ello suponer que su título primigenio debió ser *Epistulae Heroidum* o *Heroidum Epistulae* que *Heroides* y *Epistulae* serían abreviaciones del apelativo original.

De mayor enjundia es el problema de la autoría de algunas cartas. Particularmente sospechosa es la carta 15 de Safo a Faón, por varios motivos: no corresponde a una heroína, se ha transmitido con independencia de las otras cartas, en los códices en que se transmite sólo esporádicamente se atribuye a Ovidio, y por último, no se encuentra en la traducción griega que en el siglo XIII hizo el bizantino Planudes de la colección. Pero a favor de la autenticidad cuenta también con estos argumentos de peso: mantiene unidad de estilo con todas las demás; el propio Ovidio, en la relación de heroínas que hace en *Amores* II, 18, incluye entre sus epístolas una de Safo, por lo





vidio

que o bien se refiere a ésta o la auténtica se ha perdido; y ya los gramáticos Probo y Sacerdote la atribúfan a Ovidio. También mencionadas en el elenco de *Amores II*, 18, son más extensas que las simples y mantienen con éstas ciertas diferencias métricas y de estilo. Todas estas peculiaridades pueden deberse, sin embargo, a que fueron compuestas en época distinta a las simples, como ya dijimos. Por cielito, es bastante unánime la opinión de que muchos de los disticos que encabezan las epístolas son espurios: fueron adjuntados por copistas con mero propósito decorativo.

Para terminar, suele reprochárselle a Ovidio un exceso de retoricismo, redundancia y monotonía en el tratamiento de las *Heroides*. Se ha dicho que todas las cartas son iguales y que sólo se salvan por la maestría del poeta en el arte de la versificación, de las imágenes o de las descripciones. Esto es incierto e injusto. Es verdad que en todas ellas subyace un denominador común, que es el amor, y que con frecuencia se repiten los reproches, las soplidas y las quejas. Pero a partir de esa situación-marco idéntica, todo un mundo de variaciones y matizadas enriquece las composiciones; variaciones que se manifiestan en la distintiva caracterización de los personajes, en la diversidad de afectos y de ingenio, en la particularidad de las narraciones. Nada tiene que ver la fiel Penélope con la insegura y a menudo impoténdica Helena, o con la desvergonzada Fedra. La sumisión de Briseida, esclava de Aquiles, contrasta con el orgullo de Hipsípila o de Medea. Otras veces la especificidad proviene de la naturaleza y perfil jurídico de la relación amorosa: amor conyugal en Penélope y Laodamia, amor adulterio en Helena, amor incestuoso en Fedra y Cánace, amor entre amo y esclava en Aquiles y Briseida, amor de huésped y anfitriona en Filis, Hipsípila, Dido, Ariadna y Medea, amor prematrimonial de dos jóvenes que se esconden de sus padres en Hero y Leandro.

Lo peculiar es que todas estas variantes nos las ofrece Ovidio bajo la delicada y sutil óptica femenina. En este sentido, Ovidio ha sabido llegar al alma de la mujer, a sus sentimientos, alegrías y pesares, porque, aunque heroínas de fábula, Penélope, Dido, Fedra, Ariadna y Medea sienten y se expresan como mujeres, se liberan de la función marginal a que las había relegado la epopeya y reivindican el papel protagonista que les corresponde. Desde esta perspectiva, las *Heroides* de Ovidio son revolucionarias para su época, en el sentido más puro del término, y vienen a sumarse a las insidiosas composiciones de tema amoroso que, a la postre, lo condujeron al destino.



Manuel Molina Sánchez. España.
Profesor de Filología Latina en la Universidad de Granada.

De "La muerte y otros cuentos":

La ofrenda



"Hay hermanos que están peleando fuerte por cosas que son únicamente para ellos, y con eso están afayendo el enojo de la Pachamama sobre todos..."

El tono, entre lúgubre, enojado y de honda petición fraternal del Jilakata cae con el peso del dolor de la comunidad sobre las cabezas, que se inclinan reverentes hacia la tierra, pero la del Timoteo Acarachi se levanta, y en sus ojos se enciende una centella que pretende acallar aquella voz; luego baja la testa para que los otros no miren cuánto hay en su rostro.

"En este sábado que está amaneciendo, hagamos la pampachaña o rito del perdón mutuo", continúa el Jilakata. Todos se levantan. "Si en algo te he ofendido, perdóname" se dicen entre sí y se abrazan, contritos, hombres, mujeres y niños. El Jilakata continúa: "Que los yaliris lleven la ofrenda a la Pachariya o cerro de la ofrenda. Como no hay siete, como debe ser, vos, Timoteo, acompañaos llevando el conejo para que no haya heladas, como está amenazando". El hombre se levanta, toma al animal en sus temblorosas manos y forma parte del cortejo de ofrendantes que suben al cerro elegido, mientras la comunidad entona cánticos cristianos.

El sol ya calienta todo desde hace rato. Antes de que partan, el Jilakata dice: "debemos criar a la vida. Suban". Los siete se encaminan, uno con la coca en las manos, otro con el sullo de llama, el tercero con la comida, los dulces, las plantas aromáticas, el unto o grasa, la mezcla y serpentina; Timoteo cierra la fila. Al llegar a una curva, allá en lo alto, el viento sopla lastimeramente y una avalancha de nieve lo sepulta. El coro enmudece, altonito; pero el Jilakata exclama: "La ofrenda ha sido aceptada". Las voces se levantan en un himno de alegría.

¿Loco?

¿Cómo voy a morir?, le pregunto como se averigua qué día es hoy o de qué color es tu ojo; pero su respuesta duele. Loco. Eres un loco. La palabra me desgarra el alma y me hace sangrar por dentro. ¿Alguna vez, tú has tenido el sabor de la sangre en la boca junto al miedo en tu barriga? Por eso yo también me angustio: porque en seguida viene el pinchazo de la jeringa que mete líquido en mi vena, y quita la conciencia. ¿Cómo voy a morir? Nadie me responde. Por eso, ahora me pregunto hacia adentro: ¿moriré en mi cama después de larga enfermedad? ¿La enfermedad de la vida que no piensa en la muerte? Loco. Desde chico, loco. El profesor que no alinaba responder mi pregunta, loco, los amigos, loco. ¿Moriré de un balazo en la guerra? ¿Acaso la baralla de los pulmones por absorber un poco más de aire para el cuerpo es la más importante? Calla, loco, el médico llamando al psiquiatra. ¿Moriré en un accidente mientras me llevan al hospital? La sirena se abre paso en la locura del tránsito que se aleja, asustado, de la voz de la ambulancia. ¿Cómo moriré? Veo cómo un coche deshumanizado, con la razón desviada por la técnica, nos choca. ¡Ay! ¿Y este resplandor?

La terraza

Barrio de elegantes edificaciones donde sobran las comodidades y, por eso, las preocupaciones se alejan de sus calles. Edificio alto con coquetos balcones, llenos del perfume de macetones floridos. En uno de ellos, la madre y dos niños: uno, de tres años, el otro, de dos, juegan alegremente. Las risas compiten con los trinos de las aves. De pronto suena el teléfono y la mujer entra a contestar la llamada. El mayor de los niños corre y empuja a su hermanito, ve cómo el cuerpo cae, se estrella en el suelo, y allí permanece inmóvil. Alegremente lo llama, le pide que suba; como no lo hace, decide ir a buscarlo, y salta en pos del hermano.

El susto

Al día siguiente, una mujer está parada en la acera con otras vecinas, oyendo de labios de una de ellas el anterior relato. Angustiada, levanta la vista hacia el duodécimo piso, donde vive, pues allí ha dejado a su hijo de cinco años, y ve, que, de la ventana del dormitorio del niño cae un cuerpo dando tumbos en el aire.

La madre grita; en su desesperación corre a recibir el cuerpo que cae; llega justo para atrapar al oso de peluche que llega a sus brazos abiertos, y allí se balancea.

Jaimo Martínez Salguero. Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua



EL DUENDE - 2007

POESÍA, PROSA POÉTICA

AUTOR	TÍTULO	EDIC.
ADÁN, Martín	Quarta ripresa. Julio. La mano desasida	373
ALLEN TATE	La torre de marfil. Fragmento de una meditación	374
ANTEO EL NIÑO	El viajante	358
ARRIARÁN A., Amanda	Lo mágico. Mi vestidura. Tristeza. Indefensión. Final	362
BENEDETTI, Mario	Matrimonio	375
BOCCANERA, Jorge	Postal. Ilusión óptica. Paciencia. Besos. 1958	362
BORDA L., Héctor	Viernes de Ch'alla	359
BUKOWSKI, Charles	Cómo ser un gran escritor. Poesía. Putrefacción	368
CARVALHO O., Homero	Poemas del conventillo	358
CASTELLÓN B., Lorena	Sólo eso	357
CASTRILLO C., Myra	¿Hasta cuándo? El ceibo muerto. La muñeca de piedra. Romance del árbol asesinado	379
CEJAS DE ARACENA, Luz	Los cismes. El duende. Niña obrera	368
CLAURE C., Javier	12 del día	360
CHÁVEZ C., Benjamín	Mitos de claustro	359
DAHER, Gary	Ballena blanca. Valor frontera. Camino a Samarcanda. A las puertas	370
DALTON, Roque	A la carta. Ballet. El descanso del guerrero. Algunas nostalgias. Como tú. Estudio con algo de tedio.	380
DELGADILLO, Tito Jaldín	Adagio a una historia de amor. Mi existencia por ti. Vocación de la noche. Más allá del sobrio. Casualidad	365
DOOLITTLE, Hilda	Definición hermética	380
ECHAZÚ, Roberto	Cementerio. Y sólo cayeron cenizas. Retratós. Celinda. Los parroquianos. Caminos. La sal de la tierra	363
ESCARCHA, Manuel	Erotismo valluno	365
ESPINOZA A., Rodolfo	Pueridad rebelde. Amanecer campestre. Amor lejano	369
ESPINOZA M., Raúl	¿Menos válido?	376
ESTRADA S., Milena	15 años. La palliri. Descalza. Miguel prisionero. Voces. Aiza. A mi hija. Doña Sabelia	360
FUENTES R., Luis	Mamá Candelaria	361
FUENTES R., Luis	Rostro en la penumbra	364
GUERRA G., Alberto	Ya sabe pitar. Están relocationados	363
GUTIÉRREZ, Carlos M.	Tócalo otra vez. Juana	367
GUZMÁN O., Edwin	Caigo en la inmensidad... Sin lluvia que moja... Tanto deseo... El Escarabajo. Hubo un tiempo. Caída	375
GUZMÁN O., Edwin	Carta a Alberto	373
HUERTA, Efraín	La cara en la máscara	359
JÁUREGUI, Amanda	Declaración de odio. La muchacha ebria	377
LARA L., Mario	Angelito de papel	381
LEZAMA L., José	Para Luis Mendizábal Santa Cruz	372
MATTONI, Silvio	Muerte de Narciso	367
MEDINA M., Alberto	Tuve el hijo que quise tener. Murió como vivió, solo y cansado. Maldice el día en que se detuvo	361
MENDIZÁBAL S.C., Luis	In memoriam	366
MIER L., Rodolfo	Federico García Lorca. A bordo. Secreto. Carta póstuma	372
MIR, Pedro	La otra. Sombras de dolor	360
MONTAÑO N., Miriam	Hay un país en el mundo	364
MORO, César	Luis Mendizábal, pasión abierta	372
NAVA, Thelma	El mundo ilustrado. El agua en la noche. Diocuromaqia	378
OSPINAS, William	Casi el verano. Las señales. Ven. Petrópolis bajo la niebla	371
RIVAS A., Luis	Bolivia	371
SÁNCHEZ P., Juan	Cuando la noche	356
SEVILLANO A., Cynthia	Profundidad del amor. Filiación oscura. Un día sea	376
TAPIA F., Hugo	Locura. La verdad	378
ZUBIETA C., Gustavo	Hombre y Tierra. Prefacio - Epílogo	377
ZURITA, Raúl	Noches de bohemia orureña	378
	Pastoral de Chile	357

CRÍTICA, ENSAYO, VALORACIÓN

AUTOR	TÍTULO	EDIC.
ABC	Blanca Varela, una poeta octogenaria y limeña	365
AGUILERA F., René	El compadrazgo en Tarifa	358
ALBORNOZ, Pedro	Con ojos de saudade. Pequeña librería de viejo	367
ALONSO, Rodolfo	Sobre un océano de mediocridad	375
AQUINO A., Estanislao	La rabona	366
ARZE, José Roberto	Influencia de la biblia en la construcción y consolidación de los idiomas	364
BÁEZ-JORGE, Félix	La mirada antropológica de Alejo Carpentier	362
BAPTISTA G., Mariano	Ingreso de Luis Urquiza a la Academia	377
BAPTISTA G., Mariano	Sol de otoño. Escritos literarios de Luis Urquiza	357
BARTHES, Roland	Evaluación, lectura y olvido	364
BATAILLE, Georges	Las enseñanzas de la muerte	370
BELTRÁN S., Luis Ramiro	La Guerra del Chaco	376
BELTRÁN S., Luis Ramiro	Sol de otoño. Escritos literarios de Luis Urquiza	357
BENEDITTI, Mario	Música y poesía, hermanas gemelas	367

CAJAS, Lope

"Un compromiso de vida" fue la consigna del grupo

376

teatral Nuevos Horizontes

360

La tradición: alma del pueblo

378

La lengua castellana en la lirica y el pensamiento de Franz Tamayo

379

La mosca prohibida de todos

356

Leer poesía

359

Poemario "Cíclico" de Marcelo Meneses

359

Sol de otoño. Escritos literarios de Luis Urquiza

357

En torno al uso, evolución y posible desaparición de la palabra "Señorita"

369

Por los meandros de la Poesía Latinoamericana actual

361

Resistirá

365

Vida y obra de Simone Weil

380

Deleitándonos con «El cofre de Psiquis»

368

El conocimiento de las funciones psíquicas

374

Cine y novela. Vicente González-Aramayo Z.

364

Rituales del tiempo de lluvias

359

La pérdida del hogar lingüístico

365

Himno a Chuquisaca de Luis Rios Quiroga

366

Latinidad y diversidad cultural

370

Ensaya bio bibliográfico de Guillermo Ovando

358

La heroína de Ovidio

381

Lucrécio y el Epicurismo

372

Los niños de la calle en la obra de Monica Zak

375

Miedo y espanto en la obra de Velia Calvimontes

381

Poesía y poética. Notas acerca de algunos aspectos de la poesía de Hilda Doolittle.

380

Emancipación de la muerte. Pensar a Edmundo Camargo

361

Pesimismo, estocismo y fatalismo callawayas

369

La poesía se escribe en el futuro

356

Omnipresencia del 7. Las seis trádadas. Las nueve musas

363

El retorno de los brujos. El hombre, este infinito

368

Mstislav Rostropovich

371

Joseph Brodsky. El indispensable

368

Perspectivas en torno a los relatos mitológicos grecorromanos

374

Erotismo, sensualidad y pornografía

363

Himno a Chuquisaca

366

Cien años de soledad: una nueva fascinación

373

Cine y novela. Vicente González-Aramayo Z.

364

Julio, mes de la inspección y distribución de tierras

370

La soledad de la obra de arte

378

El hombre de carne y hueso

356

De los alrededores de la actual narrativa boliviana

357

Los traviesos juegos del ángel loco de Huáscar Taborga

362

Sol de otoño. Escritos literarios de Luis Urquiza

357

Tres novelas cautivantes

360

NARRATIVA, CRÓNICA, NOVELA

AUTOR

Nunca te cases con un académico

357

La palabra buscada

369

El condenado

359

Colecciones hemerográficas

359

Un desagravio a Óscar Alloro

359

Lingüistas. ¿Universo? Disticos

374

La piel del sapo

363

El ángel indio

375

El diablo, el velador y el dilunto

363

Lutero y Bach

369

Axolotl

377

Tren

360

Cloli, el mono verde

363

El matrimonio

358

Narradores en Sucre

379

Un alma inmortal

356

Nostalgias

374

Qhoya loco

359

Fui prisionero privilegiado, gracias a la música

368

¿Te acuerdas de mí?

369

Beatitud

361

La ofrenda. ¿Loco? La terraza. El susto

381

¿Qué es la crítica de arte?

379

Cántico cercano a las estrellas

360

Primeros encuentros. ¿Qué cosa es todo poema?

363

Una traición mística

370

Los desconocidos de siempre

366

Conversaciones lejanas

357

Candelaria y el ángel

373

Viaje a Francia

371

El futuro de la Patria

371

Nostalgia

369

El hornero y el tarajchi

372

Pelusita busca un lugar donde vivir

363

Un viaje a la tumba de Walter Benjamin

371

La esfinge

362

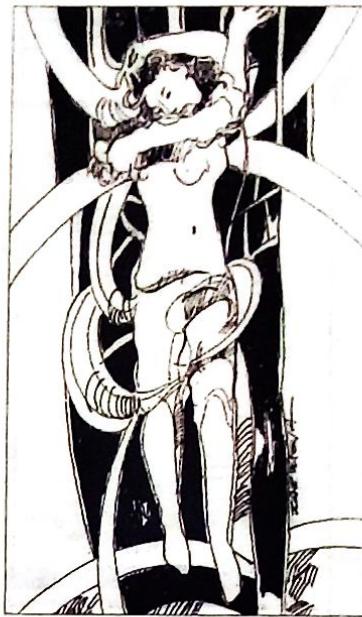
Tango. La próxima

361



AUTOR	CITA
ALVARADO, Harold	
ANONIMO	
AYALA V., Freddy	
AZORIN	
BUKOWSKI, Charles	
CLARKSON Z., Elizabeth	
COMTE SPONVILLE, André	
CHAR, René	
DIEZ DE MEDINA, Fernando	
DRUMMOND, Carlos	
DUMAS, Alejandro	
ESPINOZA M., Raúl	
GAARDER O., Jostein	
GRAUS, Kart	
JARAMILLO A., Dario	
LEZAMA L., José	
LOUDET, Osvaldo	
MEDINA, Javier	
MENCKEN	
MORENO, Mario (Cantinflas)	
MUNDY, Hilda	
NISTTAHUZ, Jaime	
PASCAL	
PORTELA, Oscar	
ROUSSEAU, Jean Jacques	
SABINES, Jaime	
SCHOLEM, Gershom	
STENDHAL	
WACHTEL, Nathan	
YUTANG, Lin	

TÍTULO	EDIC.
Proverbios de uno llegado a los 40	360
La historia del idioma	357
Mensaje al viento	356
Sensación	378
Los Ángeles, California	380
Cuanto más edad tengo...	357
Es un momento privilegiado	371
En el camino	368
La muchacha infeliz Fuzuli	361
La rima es una victoria...	357
Prohibición	376
La globalidad	376
Desalio	384
Aforismos y paradojas	378
Hupitas	367
Ceremonias	374
Granos de sal y arena	378
El mundo andino...	362
3 definiciones	372
Humor reflexivo	378
Amigo diablo	381
Aforismos y desaforismos	362
Imaginación	379
Creación literaria	366
Existencia	377
Si una pudiera encontrar...	370
Corpus simbólico	373
Lo bello ideal	365
Kharisiri	363
Visión profética	369

**INFORMACIÓN, ENTREVISTA**

AUTOR	TÍTULO	EDIC.
EL DUENDE	Índice 2006	356
EL DUENDE	Índice 2007	381
EL DUENDE	Juegos Fallos	360
EL DUENDE	Los orígenes femeninos de la música	379
IBBY Bolivia	Primer Congreso del IBBY del Sur. Convocatoria	370
IBBY Bolivia	Primer Congreso del IBBY del Sur. Invitación	375
REZA, Edgar	Una conversación con Moira Bailey	367
SOC. BOLIVIANA DE ESTUDIOS CLÁSICOS	I Jornadas de Estudios Clásicos en Oruro	370

PUBLICACIÓN EN PARTES

AUTOR	TÍTULO	EDIC.
JILL, Suzanne	Todavía hoy	372 - 375
MORANO S., José F.	A propósito del Gral. Rufino Carrasco	379 - 380
URQUIETA MOLLEDA, Luis	El itinerario de un Poeta Yatiri	376 - 377
ZUBIETA C., Gustavo	Una entrevista con Mr. Sherlock Holmes	357, 358, 359, 365, 366, 367, 378

MILAGROS DE LA PINTURA BOLIVIANA

AUTOR	TÍTULO	EDIC.
ANTEZANA, Dario	Macetas. El jardinero. El retomo	364
BLANCO, Freddy	Pepinos. La noche en mi habitación	372
CALISAYA, Jaime	Arcángel. Nusta. Sincretismo	370
CONDE, Mario	Corrupto. Eco poder	365
CRESPO, Roxana	Último viernes. El diálogo	362
DAZA R., Remy A.	En la frontera del sueño. La noche. Ángel	356
FERNÁNDEZ, Javier	Migrante. Canción de cuna. El ángel guidiador	363
GONZÁLES, Keiko	Pintura 1. Pintura 2. Pintura 3	374
IBÁÑEZ, Eduardo	Al Nivel 301. Alliplano	367
LARA TÓRREZ, Gustavo	La tina de goma. Empresario de flota en la tina	378
LARA, Fabricio	Naturaleza pródiga	375
MEDEIROS, Gustavo	Pictografía 62 Opus. Pictografía XXVII. Pictografía textil Opus 843	366
MENDIETA, Beatriz	Ecológica. Interior con fruto. Ecología	361
MESA, Guillermo	Alma mía no te vayas. Himno nacional	380
MOLINA, Franklin	Latente. Guardianes de la vida y la muerte. Cosmovisión andina	369
MONTES C., Fernando	Plaza Murillo. Sin título	371
PEDRAZA, Herminio	Lavandera. Bajo el gallito. Machucando cusi	368
PÉREZ A., Ricardo	Cocina. Las ciudades sin memoria. La casona	357
PINTO C., Mario	El balcón de las macetas. Viejo gallero	377
ROMERO, Ricardo (Lugui)	Wathana. Rito de gallos	358
TÉLLEZ, Julio César	Traspasio de tambo. Ciudad de La Paz	376
TÓRREZ I., Emilio	Tambo. El Guardián	381
VARGAS CUÉLLAR, Mario	La puerta. Interior	379
YAPUR, Milguer	Reunión mágica. Poemas para ver N° XIX. Onírico país	360
ZARZUELA C., Erasmo	Figuras del carnaval. Moreno	359
ZILVETTI, Luis	Pareja. Bailarina vestida de negro	373

VALORACIONES: Mario D. Ríos Gastelú, Luis Urquiza, René Sepúlveda, Edward Echumacher, Inocencio Garzón, Yohanka Alfonso, Armando Soriano Badani, Edwin Guzmán, Gerardo Hoepfner R.

Rosario Zuraman

PORTRADAS: Ilustrados por el artista plástico Erasmo Zarzuela Chamblí con los siguientes títulos que aparecen en orden cronológico (ediciones 356 a la 381): Las frutas. El titiritero. Tiempo. China Supay. La ventana. Fragmentos de la noche. Bienaventurado. Silla de ruedas. Sin título. Toro. Azul. Q'ellunchus. Hechizo. Titiritero2. Ruleta. Tres gracias. Espanapájaro. Figura. Sin título2. Sandías. Primavera en el altiplano. Peces rojos. Collage N° 4. Devoto. Devoto V. Ángel con luna.



Milagros de la pintura boliviana

EMILIO TÓRREZ



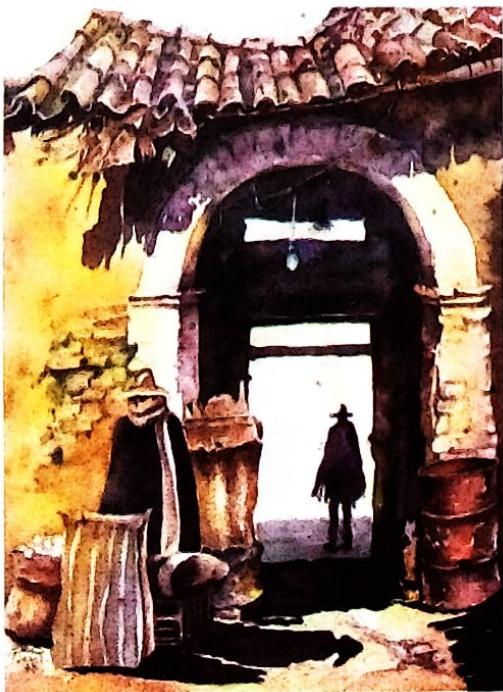
Emilio Tórrez es un pintor calificado que trabaja con la perseverancia que estimula su artística vocación. Trabaja indistintamente con acertado uso de la acuarela y el óleo, en interesantes temas evocativos de paisajes y aspectos urbanos, generalmente transformados por el tiempo. Su pintura constituye un interesante inventario de cosas de ayer que cobran frescura en el pincel apto y predispuesto. observador atento de nuestra realidad, desdobra el tema de sus obras en motivos de inclinación costumbrista y en asuntos de carácter social.

En su técnica de acuarela, utiliza eclécticamente y según convenga a la índole de sus temas, los baños simples y directos, así como los retoques o superposiciones de rectificación, que certamente tornan más acabadas todas las obras que además siempre conllevan perfectibilidad.

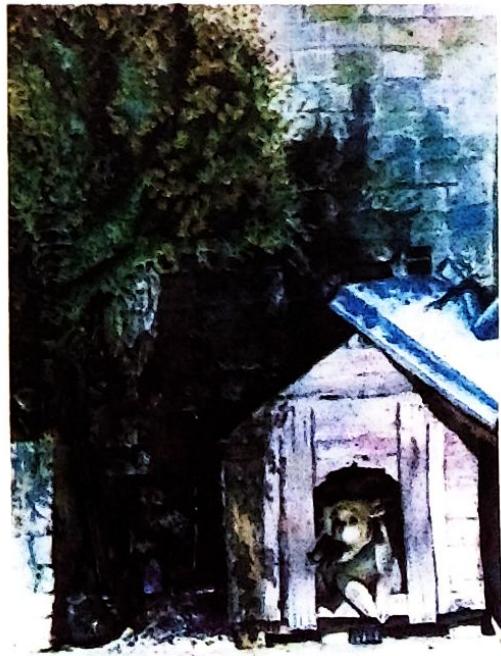
Sus figuras están ajustadas a un realismo sin pretensiones miméticas, por ello frecuentemente se destizan por un moderado expresionismo que no ahonda las tensiones interiores.

Ha tocado también la temática de los aparapilas con un criterio diferente a Magda Arguedas, Arnal y Ugalde, pero insistiendo en la recuperación de un personaje que ya permanece solamente en la literatura y en la pintura.

Armando Soriano Badani



"Tambo", Acuarela 30 x 40 m



"El guardián", Acuarela 80 x 60 cm.